

Quizá sea imposible comentar una historia de los dogmas sin referirse a los problemas de espacio que hacen imposible tratar muchas cuestiones con el detenimiento que sus autores hubieran deseado. En cualquier caso, es claro que este primer volumen de esta nueva historia de los dogmas se beneficia de los rigurosos y abundantes trabajos que le han precedido tanto de sus propios autores como de otros historiadores del dogma, especialmente la historia publicada bajo el cuidado de M. Schmaus, A. Grillmeier, L. Scheffczyk y M. Seybold. Se beneficia, sobre todo, de la serenidad y de la honestidad con que ha sido planteada y realizada.

Lucas F. MATEO-SECO

Ramiro PELLITERO, *La teología del laicado en la obra de Yves Congar*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra-Navarra Gráfica Ediciones, Pamplona 1996, 529 pp., 16 x 24.

La importancia que tuvo la publicación en 1953 de *Jalons pour une théologie du laïcat* en orden al desarrollo de la reflexión teológica sobre la condición laical es un dato universalmente reconocido. Como también se reconoce universalmente el impacto que produjo la posterior evolución del propio Congar desde sus posiciones de la década de los cincuenta hasta la llamada «teología de los ministerios», tal y como la esbozan algunos de sus escritos de mediados de la década sucesiva y la consagra su artículo biográfico de 1971, es decir, su *Mon cheminement dans la théologie du laïcat et des ministères*. Limitarse a esos dos momentos fundamentales desembocaría, no obstante, en un notable empobrecimiento en la comprensión de las ideas del gran teólogo francés, ya que implicaría dejar al margen matices muy significativos de su desarrollo intelectual y, sobre todo, se expondría a no poner debidamente de manifiesto algunos de sus presupuestos básicos.

El estudio de Ramiro Pellitero constituye un espléndido antídoto frente a ese peligro: las 500 páginas de que consta nos ofrecen, en efecto, una reconstrucción a la vez minuciosa y ponderada del itinerario intelectual seguido por Congar respecto a la vocación y misión de los fieles laicos. Dos son, a juicio de Pellitero, los presupuestos o, con expresión tal vez más exacta, los factores que no sólo condicionan la reflexión de Congar a este respecto, ya desde el inicio, sino que la hacen surgir: la vida concreta de la Iglesia y en especial la experiencia de la Acción Católica, y la renovación de la eclesiología iniciada en el siglo XIX y culminada en el XX. Ambos factores, influyéndose mutuamente y entremezclándose con otros que los completan y, en ocasiones, los modifican o matizan van

a estar presentes a lo largo de todo el periplo intelectual del teólogo dominico.

Partiendo de esa primera convicción Pellitero adopta una metodología que puede calificarse de histórico-teológica, ya que sigue paso a paso los escritos de Congar, sintetizando su contenido, haciendo notar los momentos de inflexión o desarrollo y apuntando algunas consideraciones crítico-especulativas con vistas a recogerlas en una reflexión final. Más concreta y detalladamente, su estudio del desarrollo intelectual de Congar se divide en cuatro partes:

— los escritos que anteceden a la elaboración y publicación de los *Jalons* (capítulos II a V: pp. 79-126), que nos permiten asistir al despuntar en Congar, ya en la década de 1930, de un interés por la temática relacionada con la presencia y la acción de la Iglesia en el mundo, y, posteriormente, al paulatino irse concretando y configurando de sus ideas:

— los *Jalons*, obra de madurez que es objeto de un análisis muy detallado por parte de Pellitero, desentrañando los núcleos doctrinales y glossando, paso a paso, todos sus elementos (capítulo VI a X: pp. 131-272);

— los textos publicados por Congar desde 1953 hasta 1965, es decir, hasta la conclusión del Concilio Vaticano II, periodo que es interpretado por Pellitero de modo amplio y, por tanto, no estrictamente cronológico, incluyendo por tanto aquí algunos escritos que, aunque sean de época posterior —se llega en efecto hasta 1970—, tienen como contexto el Concilio y sus documentos, particularmente la *Lumen gentium*, la *Gaudium et spes* y el *Apostolicam actuositatem* (capítulo XI a XIV: pp. 277-350);

— la fase final del pensamiento de Congar, que tiene su comienzo con la aproximación congariana a la teología de los ministerios y culmina con su reacción ante ese acontecimiento eclesial de singular relieve respecto a la doctrina sobre el laico que está constituido por el Sínodo de los Obispos de 1987 y la posterior Exhortación apostólica *Christifideles laici* (capítulos XV y XVI: pp. 355-415).

Una vez concluido su recorrido por la obra de Congar, Ramiro Pellitero advierte la necesidad de proceder a una consideración de carácter sintético, centrándose al efecto en dos cuestiones que considera clave: la noción de laico (capítulo XVII: pp. 421-452) y la relación Iglesia-mundo (capítulo XVIII: pp. 453-490). En uno y en otro capítulo, procede a una exposición de los ecos, positivos o críticos, que los diversos escritos de Congar han suscitado, ofreciendo, al filo de esa exposición y en diálogo con los autores a los que cita, su propio juicio; tienen pues ambos capítulos una función a la vez sintética e informativa. Las cuestiones que abor-

dan, centrales efectivamente en orden a la comprensión del planteamiento de Congar, están por lo demás íntimamente relacionadas; toda presentación o comprensión de la figura y la realidad del laico presupone o connota, en efecto, un modo de entender la distinción entre Iglesia y mundo.

En un pasaje fuertemente sintético (pp. 447-448), Pellitero afirma que, a su juicio, la noción de laico ha pasado, en la obra y el pensamiento de Congar, por cuatro etapas, que pueden resumirse así:

a) *Jalons pour une théologie du laïcat* donde el esfuerzo que Congar realiza para esbozar una definición o descripción positiva del laico le lleva a poner el acento en la noción de *laicalité*, por emplear el vocablo al que el propio Congar acude, o, como suele decirse ordinariamente, de «secularidad», es decir, en la presencia en el mundo, en la destinación a llevar a cabo y desarrollar la obra del mundo;

b) en los años sesenta Congar se muestra sensible a algunas de las críticas que se le habían dirigido, achacando a los *Jalons* una presentación demasiado cosificada del mundo y se orienta hacia una definición antropológico-teológica del laico que subraye más netamente el carácter cristiano de su condición, lo que, paralelamente, implica profundizar más netamente en la conexión entre creación y redención;

c) al avanzar la década de los sesenta y comenzar la de los setenta, Congar varía en parte el rumbo de su reflexión colocándola en el contexto de una teología de los ministerios con lo que la noción de secularidad pasa a un segundo plano, aunque no desaparece del todo;

d) en los últimos años, y en referencia al Sínodo de 1987 y a la *Christifideles laici*, vuelve a reafirmar la importancia decisiva de la secularidad como elemento caracterizador de la vocación laical, a la par que mantiene la especial atención a la espiritualidad, presente ya en etapas anteriores.

Esa periodización del pensamiento congariano respecto al laicado, nos parece exacta, aunque quizá convendría ponerla más directamente en relación con la evolución en el modo de entender la relación entre Iglesia y mundo, verdadera piedra de toque del planteamiento de Congar y, en términos más amplios, de toda reflexión sobre la vocación y misión de los cristianos que viven y se santifican en el mundo y tomando ocasión del mundo, es decir, de los laicos. Ramiro Pellitero es consciente de la importancia de este tema y de las discusiones que algunas de las formulaciones congarianas a ese respecto han suscitado, de las que se hace eco y a las que en ocasiones acoge. A la vez, para explicar el planteamiento del pensador dominico y resolver algunas de las aporías a las que está expuesto, acude

repetidas veces, como posible clave hermenéutica, a la distinción entre dos niveles de comprensión o acercamiento: el ontológico y el fenomenológico.

La Iglesia puede ser considerada a nivel ontológico, como acontecimiento y realidad de gracia; más aún, ésta es la consideración teológicamente decisiva. Pero cabe también considerarla en su aparecer o presentarse en la historia, atendiendo en consecuencia no ya —en terminología agustiniana— a la *res*, sino al *sacramentum*, y, más específicamente, al *sacramentum tantum*. El sacramento está, sin duda, referido a la *res*, pero es un hecho que, durante el peregrinar histórico, tiene una consistencia en sí mismo y puede por tanto ser analizado y considerado en cuanto tal. Cabe, en suma, un acercamiento a la vez teológico y fenomenológico a la Iglesia. Y, paralelamente, del mundo, como realidad distinta de la Iglesia y situada ante ella.

Este modo de entender y explicar el planteamiento de Congar es, a nuestro juicio, no sólo ingenioso, sino substancialmente acertado, ya que Congar puso de manifiesto en todas sus obras, desde los *Jalons* hasta los escritos de sus últimos años, la radical unidad del plan salvífico divino y, por tanto, la profunda sinergia de toda la realidad a nivel de la ontología: mundo e Iglesia no son, ni en sí ni en el planteamiento de Congar, dos entidades que se dividan adecuadamente en la historia. Una vez dicho esto, no me parece sin embargo que estén resueltos todos los problemas.

Desde sus primeros escritos, Congar tuvo una gran preocupación por subrayar el valor de la realidades creadas, terrenas, temporales. Nada más justo y nada más necesario, desde la perspectiva que ahora concretamente nos ocupa: de ahí depende en efecto la posibilidad de una caracterización teológicamente positiva del laico. Dicho con otras palabras, las realidades temporales, con las que la vida del laico se entreteteje y de las que recibe su específica fisonomía, poseen valor, y, más concretamente valor cristiano, y ello en cuanto tales, en virtud de los fines y bienes que las especifican. Ahora bien, ¿ese dato innegable autoriza a hablar —como Congar y antes de él Maritain lo hacen— del mundo como de una unidad dotada de un fin último intrahistórico, aunque infravalente respecto a la consumación escatológica? El asunto no es claro. Y el hecho es, a nuestro juicio, que Congar, aunque advirtió el problema, no llegó nunca a enfrentarse con él de manera plena. Con las consecuencias que de ahí derivan.

«Congar, que buscaba sólo plantar unos jalones para una eventual teología integral del laicado, construyó de hecho una verdadera teología» y una teología válida en sus líneas substanciales, más aún, amplia y plena-

mente recibida. Es cierto a la vez que «una utilización no crítica y demasiado estricta» del Congar de los *Jalons* puede ser la fuente de distinciones que, al cosificarse, «desemboquen en oposiciones». Estas dos apreciaciones, incluidas en el epílogo con que Ramiro Pellitero cierra su estudio (pp. 491-495), pueden presentarse no ya como una síntesis de su valoración final, que implica otros muchos elementos, pero sí, tal vez, como una expresión de la actitud con que se sitúa ante la obra congariana. Del principio al final de su estudio, Pellitero manifiesta una simpatía hacia la obra de Congar que no le impide señalar límites, pero que le lleva sobre todo a detectar coincidencias y a prolongar intuiciones. Y en esto no puedo por menos de manifestar mi plena sintonía.

Nos encontramos, en efecto, ante una cuestión no sectorial, sino decisiva. Como escribe Pedro Rodríguez en el prólogo con que presenta el libro, «el gran esfuerzo de los hombres que hicieron fermentar la doctrina de la Iglesia sobre los laicos —desde Congar al Canónico Cardijn y al Beato Josemaría Escrivá, gran precursor de la doctrina conciliar sobre los laicos— no fue nunca construir una ‘teología del laicado’ distinta del resto de la eclesiología, o un ‘movimiento laical’ o una ‘espiritualidad laical’ que se contraponen al resto de la Iglesia, sino precisamente lo contrario: estos pioneros ‘restituyen’ el laicado a la plena eclesialidad». Y a la vez, podríamos añadir, impulsan a tomar conciencia de la eclesialidad en todas sus dimensiones y concreciones, ya que una cosa no va sin la otra.

José Luis ILLANES

Julio RAMOS, *Teología pastoral*, Biblioteca de Autores Cristianos, (Serie de Manuales de Teología, 13), Madrid 1995, 450 pp., 22 x 15.

Este libro es un manual de la colección «Sapientia Fidei», que la Biblioteca de Autores Cristianos viene publicando. Si la tarea de elaborar un manual es ya de por sí ardua, más lo es, si cabe, cuando se trata de la «teología pastoral»: materia amplísima y nueva, al menos tal como se va comprendiendo actualmente por parte de los especialistas. Baste recordar que la mayoría de los libros que se publican con ese nombre no son manuales, y se dedican en gran parte a cuestiones de naturaleza y método, o a temas específicos. Superada la época de los manuales que restringían su estudio a las tareas de los pastores —y salvada siempre la misión propia de los pastores—, hoy se trata de mostrar la necesidad de una teología de la acción de la Iglesia toda entera y, en ella, de los modos diversos de la acción según las condiciones diversas de los cristianos.